



ANTES I HOI

POEMA

POR

SAMUEL A. LILLO

I

Aquel hijo de incultos leñadores
trajo, al nacer, un alma de poeta
encerrada en su rústica envoltura,
como traen las flores,
del negro seno de la tierra impura,
su aroma i sus colores.

Un cazador herido
que recojió su padre en la montaña,
enseñóle a leer agradecido
en pago del albergue en su cabaña.

Prendió en tan buen terreno
el grano de simiente,
que en medio de los montes, de repente,
alzóse aquel espíritu tan lleno
de anhelos, de visiones i de ardores,
cual si uno de los árboles desnudos,
ántes de despuntar la primavera,
repleto de ramajes i de flores,
en el huerto de súbito surgiera.

Ya no cruzó como ántes los alcóres,
trepando por laderas o por riscos,
ni volvió a conversar con los pastores
que en las lomas cuidaban los apriscos.

En vano con su canto matutino,
los tordos lo llamaban,
posados en los troncos del camino;
en vano en los breñales,
en son de desafío, le lanzaban
su chillido burlesco los zorzales.

A veces, en la yerba recostado,
pasábase las horas
contemplando las bandas bullidoras
de los loros salvajes que bajaban
en busca de sembrados i plantíos,
o el vuelo de los cóndores bravíos
que, hallando bajo pedestal los montes,
subían a las nubes
para buscar mas amplios horizontes.

Sólo él estaba echado en el terruño,
semejante a una oruga vil de tardos
i torpes movimientos,
sin que nunca pudiera,
cual la leve plumilla de los cardos,
ser llevado siquiera por los vientos.

Otra vez, con el alba se escapaba
para mirar desde una abrupta cima,
cuya punta avanzaba,
como el alto torreón de un centinela,
hacia el valle do estaba el caserío
de la rústica escuela,
que, visto desde arriba, allá en la hondura,
parecía en las márgenes del río
un colmenar perdido en la llanura.

¡Cómo ansiaba llegar hasta esa escuela
en que él se figuraba
que a los grupos de niños que acudían,
como un pastor que diera la partida,
el viejo preceptor les enseñaba
la verdadera senda de la vida!

II

Por fin, cumplió su anhelo mas ferviente
aquella alma sencilla,
i una mañana descendió impaciente
a la rústica escuela de la villa.

Cuando llegó el rapaz a los umbrales
de aquel sombrío caseron de barro,
apoyados los codos en la mesa,
miraba el preceptor las espirales
del humo del cigarro;
en tanto que en la sala
un grupo de muchachos mal trajeados
i sucios, i descalzos, reclinados
sobre los viejos bancos, i los otros
sobre el desnudo suelo de rodillas,
como banda de loros inconscientes,
leían en voz alta sus cartillas.

El viejo preceptor seguía inmóvil,
talvez pensando en los eternos años
perdidos en la sierra,
hundido en los mezquinos egoísmos
que le hicieron nacer los desengaños,
olvidado por todos en la tierra.

Al fin, con un semblante de disgusto
le contempló, i apenas
le señaló un lugar, mirando injusto
al pobre niño que la luz buscaba,
como un nuevo eslabon de sus cadenas.

Los muchachos miraron maliciosos
la tímida figura del llegado,
esperando deseosos
la hora del recreo,
término de su triste servidumbre,
para hacer, entre alegres expansiones,
al novicio las bromas de costumbre.

Al toque de llamada, con presteza
se alzaron los muchachos, i formada
quedó la clase enfrente
de la temida mesa,
i unos a escape i otros lentamente
fueron leyendo la leccion, que oia
el viejo preceptor indiferente.
Sin correccion alguna a los lectores,
sin un consejo diestro
que ayudara a sus mentes vacilantes
para salir de aquella selva oscura,
por turno, a cada niño, fué el maestro
dándole tantos *guantes*
como faltas hiciera en la lectura.

Ante aquel espectáculo tan fiero,
cayó un frio mortal dentro de su alma;
i cual marchita en plena primavera
una escarcha tardía
el brote que salió a la luz del dia,
tal murió su esperanza, la primera
florencia que en su alma aparecía;
i en tanto que la turba tumultuaria
se alejaba entre risas i clamores,
en un rincon del aula solitaria
a solas se quedó con sus dolores.

I ahí lo halló, jimiendo todavía,
la turba de estudiantes que volvía.
No hubo para el niño ni un consuelo
entre tanta alma dura,
ni siquiera miradas
piadosas o de amigo:
que no saben de amor ni de ternura
las almas trabajadas
a golpes sobre el yunque del castigo,

I lo dejaron solo, con el libro
I allí quedó sujeto
en aquel intrincado laberinto
de tantos nombres i ningun objeto,
ese espíritu abierto, acostumbrado
a estudiar la verdad i la belleza,
sobre las cosas mismas, bajo el cielo,
en medio de la gran naturaleza.

Comprendió con profundo sentimiento
que no sabia cómo el ave sube,
la piedra baja, se levanta el viento;
lo que es el cielo, el arbol, la nube;
el por qué de las lluvias i las nieves,
la vida sobre el suelo,
la luz de las estrellas en el cielo:
¡cuántas cosas tan grandes, tan estrañas
que despertaron su infinito anelo
allá en la soledad de sus montañas!

Sin esperar el toque de salida,
como una bestezuela inquieta i brava
que fuera perseguida,
escapó del encierro
esa alma que no quiso ser esclava.

Subió por el repecho,
como un gato montés, a la carrera,
i se detuvo, jadeante el pecho,
pero libre otra vez, como ántes era.

Desde el valle subian,
como hálitos de vida, los ladridos
de los canes agrestes, los balidos
de los grupos de ovejas, i el sonoro
trompeteo profundo de algun toro.

En las lomas i oteros,
limpios amarillaban los rastros,
cuyos matices de oro interrumpian
matas de *trupas* con manchones rojos;
i agrupadas del rio en las riberas,
parecian de léjos blancas aves
bajo el rayo del sol, las lavanderas.

Allá arriba, a su espalda,
las montañas llamábanle amorosas,
con sus vastos doseles de esmeralda,
sus riscos i quebradas sonoras.

I obediente volvió a su madre amiga,
la gran naturaleza,
con todos buena, con ninguno ruda,
que siempre premia i que jamas castiga
al que la pide en la desgracia ayuda;
la santa providencia del labriego
que sabe compensarle sus fatigas,
que enjuga sus sudores
con un manto de flores,
i su hambre ahoga con un mar de espigas.

III

Trascurrieron los años lentamente,
sonrióle la fortuna,
se olvidó de sus penas,
sintiendo las arrugas en la frente
i tranquila la sangre de las venas;
i leyó muchos libros que aplacaron
la sed de su alma ardiente,
i tuvo tambien hijos que crecieron
libres como las aves del bosque
i que tambien quisieron
a la escuela como él hacer su viaje.

I descendió con ellos. . . .
Cortando la vetusta carretera,
pasaba el tren en rápida carrera;
el humo de las fábricas espeso
sobre los altos montes ondeaba,
como una oscura i colossal bandera
de paz i de progreso.

En este largo espacio,
en ciudad se trocó la humilde villa,
i donde estuvo el caseron sombrío
de la rústica escuela,
alzábase un palacio
que se miraba en el cristal del río.

I vió la nueva escuela del presente,
esta escuela ante todo educadora
primero del carácter que el talento;
esta escuela en que el alma bienhechora
i sana del maestro, se une ahora,
a la luz fecundante del cariño,
con el alma blanquisima del niño.

Esta escuela, dulcísima esperanza
de futura grandeza,
que es templo de verdad i de belleza,
cuya suave i benéfica enseñanza
es copia de la gran naturaleza.

La escuela, santuario de la ciencia,
que aun en la montaña
consigue aprovechar esa potencia
creadora i estraña,
que el juvenil espíritu despliega
cuando a la lucha por la vida llega.

La que forma un jardín de cada aldea,
en el cual son las flores
las almas de los rudos labradores,
regadas por los claros manantiales
del agua que descende
desde la fuente azul de los ideales,
besadas por las ráfagas jentiles
del amor, i alumbradas
por el sol de la ciencia, que caldea
las mentes juveniles
i en ellas hace jerminalar la idea.

I conoció al maestro valeroso
que recluta sus greyes,
correteando por granjas i cortijos,
que lucha con la fria desconfianza
de los aldeanos para dar sus hijos,
i con la hostilidad de los patrones
que temen, presas de egoismo ciego,
ahuyentar sus rebaños de inquilinos,
si viene el libro como un sol de fuego
a iluminar la noche del labriego.

I vió al osado profesor de ogaño
que, al enseñar al hijo del trabajo
con la lójica firme de los hechos,
ántes que sus derechos
los deberes humanos
que tiene con los hombres, sus hermanos,
esparce sobre el haz del Universo
la nocion verdadera de la patria,
que hará borrar por siempre de la tierra
la lei de la conquista i de la guerra.

Al subir otra vez hácia su asilo,
con el pecho tranquilo,
por la misma ladera pedregosa
que aquel dia subió triste i huraño,
pasó junto al antiguo cementerio
donde en misera fosa,
dormia el viejo preceptor de antaño;
i sintiendo que el ave del recuerdo
se posaba aleteando en su cabeza,
«No has sido tú quien nos ha hecho el daño,
esclamó con tristeza,

que víctima fatal del egoismo
de las grandes ciudades,
tú fuiste una explosión de fuerza viva
que el azar aquí trajo,
i se deshizo al pié de la muralla
que siempre levantaron los de arriba
con la ignorancia vil de los de abajo.

No podías sacar en estos riscos
el metal encerrado en la agría veta
con la sola palabra de tu boca,
ni, sin darte la vara del profeta,
hacer brotar el agua de la roca.»

